

# **Cara a cara con Jesús**

Louis CHAUDIER

[biblicom.org](http://biblicom.org)

Si no venimos a conocer a Jesús en este mundo, no lo haremos en el otro. Solo tenemos la oportunidad en este. Podríamos considerarnos en desventaja frente a quienes han conocido a Jesús vivo en este mundo. Pero no estamos en absoluto frustrados, de hecho, estamos en una posición mucho mejor para conocerle que ellos, porque tenemos toda la Palabra de Dios y el Espíritu Santo para iluminarnos; ellos no tenían ni lo uno ni lo otro.

No nos preocupemos sobre todo por la situación de los que viven en el paganismo. Pensemos primero en nuestro estado personal, luego Dios puede darnos a pensar en los demás. Cada uno debe ocuparse primero de Dios, como si estuviera solo en la tierra. Dios no nos ha encargado de gobernar el mundo, ni de salvarlo. Puede utilizar a los evangelistas, los utiliza, pero puede prescindir de ellos. El trabajo del buen siervo es poner a las almas en contacto con Dios. Pero el siervo no es nada, nada en absoluto.

El Señor enseñó a Nicodemo esta verdad básica: «A menos que el hombre nazca de nuevo no puede ver el reino de Dios» (Juan 3:3). Esto debe decirse hoy en las asambleas. Nadie puede prevalecerse de su ascendencia para poseer la salvación, aunque 5 o 6 generaciones le hayan precedido en la asamblea. Nunca nos distraigamos con la verdad de Dios; no la convirtamos en un juguete para nuestras mentes. No tratemos de adaptarla al error mediante cálculos humanos. El nuevo nacimiento, es una vida nueva. La conversión no es la mejora del viejo hombre, es el don de una nueva naturaleza, divina. Llegamos a ser partícipes de la naturaleza divina (2 Pe. 1:4). «El Espíritu mismo da testimonio con nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios» (Rom. 8:16). Los hermanos que me enseñaron en el pasado me mostraron el camino, pero no me dieron la vida.

Nicodemo acude a Jesús de noche. Cuando un alma está trabajada por el Señor, presiente inconscientemente que va a ganarse la enemistad del mundo; un instinto espiritual se lo hace sentir. También la piedad siente que, en este mundo, no está en su casa. Está en el ámbito del enemigo. El cristiano mundano ya no se da cuenta de esto; ha pisoteado las fronteras. Pero un cristiano fiel sabe que debe vencer o morir: la lucha contra el mundo y contra su príncipe no siempre es violenta, sino permanente y despiadada. Tampoco debemos desanimar a un alma atribulada, a una conciencia turbada; ¡ayudémosla, pero no la halaguemos! Sigamos el ejemplo del Señor. Viendo a Nicodemo, cualquiera se habría dicho: “He aquí una persona importante; ¡hay que reclutarla para nuestro grupo!” Todos los que buscan adeptos

---

piensan en sí mismos, en su clan. Nicodemo, el «maestro de Israel», quiere tratar al Señor como a su igual, aunque le llamasen la atención sus palabras. Tampoco nosotros debemos dejarnos turbar por la jactancia de personas más instruidas que nosotros. Con la Palabra de Dios, tenemos la luz, la verdad y tenemos a Dios mismo.

Los encuentros con Jesús son a menudo solitarios, siempre personales; incluso en medio de la multitud, Jesús se fija en una mujer que lo toca; ella tiene fe. A menudo, un hombre se sustrae de la multitud para acercarse a Jesús. No encontramos movimientos de masas en los comienzos de la Iglesia, salvo en [Hechos 2:41](#): «Fueron añadidas en aquel día como 3.000 almas». Recibimos la Palabra cada uno por sí mismo. «Para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna» ([Juan 3:16](#)), otra vida, otra naturaleza.

En otra ocasión, el Señor se encuentra con una mujer. Nicodemo formaba parte de la élite social, pero esta mujer no. El Señor la abordó en medio de sus ocupaciones. No le dará enseñanzas. Ella era infeliz, porque tenía un problema moral. Jesús le dijo: «Te hubiera dado agua viva... El que beba del agua que yo le daré, nunca más tendrá sed» ([Juan 4:10, 14](#)). La sed es la expresión de un estado de insatisfacción creado por la caída. El hombre nunca está satisfecho. Cuando consigue algo que desea, inmediatamente quiere otra cosa, y no calma su sed. Conocemos alegrías familiares y sociales, pero nunca nos llevan a un estado definitivo. Y, sobre todo, la aterradora sombra de la muerte se cierne sobre nosotros. ¿Cómo podemos estar en paz con semejante amenaza? Jesús nos ofrece agua viva, que hace brotar en el alma del creyente: ya no tiene sed para siempre. La mujer le dijo: «Señor, dame a mí esta agua, para que yo no tenga sed» ([Juan 4:15](#)), expresión de los suspiros del alma en el desierto de este mundo donde todo se opone a la fe. Un hermano decía: “En todas partes es un desierto, pero yo tengo un manantial en casa”. Con un manantial, se puede atravesar el desierto; pero con un odre, como Agar, no se llega lejos.

En el fondo, a todo el mundo le gustaría ir al cielo, pero hay problemas que resolver. El Señor no podía abrir la puerta de la felicidad a esta mujer sin decirle la verdad, en gracia. Venía al pozo a escondidas, cuando no había nadie. Pero después de que Jesús hablara con ella, dejó su cántaro y se fue al pueblo: «Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho» (4:29). El camino hacia la felicidad pasa por la conciencia. Todo el mundo tiene problemas de conciencia con los que lidiar. A nadie le gustaría que toda su vida sea mostrada en público. Para que Dios nos bendiga, tiene que verlo todo, entrar en todas partes, abrir cada rincón de nuestra vida. A veces nuestras faltas pesan sobre nuestra conciencia y son un obstáculo para recibir la fe. Debemos acudir a Jesús y contárselo todo; él puede oírlo todo, incluso

---

las cosas más espantosas. Él las conoce, pero tenemos que estar de acuerdo con él para condenarlas. Usted no le enseñará nada a Dios, confesando sus faltas, pero el valor de la confesión es la confirmación del acuerdo con él cuando le condena. El fraude ha desaparecido del corazón. Toda la vida cristiana se juega dentro del alma; lo exterior, los hechos en sí, lo que usted aparenta ser, no cuentan.

¿Qué es su vida? ¿Qué sentido tiene? ¿Cuál es su pasado, su presente, su futuro, su razón de ser? ¿A qué esperanza se aferra? No hay explicación para la vida humana fuera de Cristo. Cristo es la clave del enigma de este mundo. Fuera de él, fuera de la Palabra, la vida no tiene sentido. Todo es provisional; solo Dios nos da lo definitivo, lo inalterable, lo absoluto. Él nos sitúa ante problemas eternos, y solo él da la solución en la Escritura.

En [Lucas 10](#), vemos a Jesús en una escena familiar, en la casa de Betania, la única donde se encontraba a gusto. Marta sale de su lugar: reprocha al Señor, como si él no supiera lo que tenía que hacer. «Marta estaba atareada con muchos quehaceres» (v. 40). El servicio no debe pasar, en nuestro corazón, antes del Maestro. «María ha escogido la buena parte, que no le será quitada» (v. 42). Para servir bien, debemos escuchar bien. Un buen siervo vive cerca de Jesús, y sabe lo que tiene que hacer. Para servir, debemos cultivar cada día con esmero la comunión con el Señor. Mantener la calma antes de actuar, para actuar obedeciendo. El Señor nos da un ejemplo de ello en [Juan 11](#), cuando le insisten: «Señor, el que amas está enfermo» (v. 3), y él no se mueve. Sigue dependiendo de su Padre, aunque todos estén en su contra. Espera, y Lázaro muere. A primera vista, se había equivocado al esperar. Y cuando llegó el momento, se levanta, sale y, en vez de curar a un enfermo, resucita a un muerto, algo aún más extraordinario, para gloria de Dios.

Debemos seguir al Señor, no precederlo. María aprendió esto a los pies de Jesús:

- a los pies de Jesús, para aprender de él;
- a los pies de Jesús, para llorar en los momentos de prueba;
- a los pies de Jesús, más tarde, para derramar el perfume y adorar.

Es verdad que a menudo somos perezosos, egoístas y estamos ensimismados en nuestros propios pensamientos: nos falta dedicación, pero también dependencia. La preocupación por uno mismo, e incluso la preocupación por el servicio, pueden alejarnos del Señor; esa es la sutileza del enemigo. Ir con el Señor, pero ponerlo a él en primer lugar. Cuando debemos estar tranquilos, estemos tranquilos; cuando

---

debemos servir, sirvamos con él. «Para mí el vivir es Cristo» (Fil. 1:21), dijo el apóstol Pablo. Eso no es predicar y, sin embargo, predicó toda su vida. Esto puede explicar gran parte de la debilidad actual de los hermanos; les falta dependencia y comunión con el Señor. Los que son emprendedores encuentran a los otros perezosos; pero el exceso de unos no corrige el exceso de otros. El equilibrio significa dependencia en secreto, fervor en el corazón y, como fruto, dedicación por fuera. Cuando hemos sido perezosos durante 11 meses al año, esos 11 meses están perdidos; cuando hemos sido activos sin el Señor, la pérdida es la misma. Pablo, antes de su conversión, malgastaba su energía hasta el punto de dar muerte a los miembros de Cristo. Podía decir: «En cuanto a la justicia que hay en la ley, irreprochable» (Fil. 3:6). Cuando su voluntad fue quebrantada, dijo: «¿Qué debo hacer, Señor?» (Hec. 22:10); no había perdido su energía, sino que la ponía al servicio de su Maestro. Si no aprendemos con el Señor, puede permitir que aprendamos con el mal lo que hay en nuestro corazón: esta es la escuela de Satanás. En cambio, ¡aprendamos con Dios!

¡Que Dios grave su Palabra en todas nuestras almas! ¡No nos dejemos distraer de lo esencial por la actividad sin precedentes de nuestros días! El mundo es un gran río que desembocará en la eternidad.